

La Calle

Para el jueves 19 de diciembre de 2002

Diario de un espectador

Madrid

Por Miguel Angel Granados Chapa

“Cuando llegues a Madrid, chulona mía“, ofreció Agustín Lara hace medio siglo, “voy a hacerte emperatriz de Lavapiés“. Sin conocer la capital española, fiado en los relatos de sus amigos, que la frecuentaban o vivían allí, el músico-poeta compuso un chotis que es en realidad un sencillo himno de homenaje a la “villa del oso y el madroño“, como los bardos a la antigua llamaban a Madrid. Y es que en la plaza de la Puerta del Sol, el centro de esa ciudad y el centro de España misma (allí está el velómetro cero, del que se parte para contar las distancias hacia las ciudades del interior), se alza la breve estatua que simboliza la tradición madrileña: un oso alzado sobre sus cuartos traseros, parece empeñado en hozar un arbusto semejante a un racimo de brócoli de gran tamaño, justamente un madroño.

Lavapiés fue un barrio madrileño de tradición taurina. No sólo haría Agustín Lara a su musa reina de ese lugar, sino que, más en el centro, alfombraría para ella la Gran Vía. El nombre de esa monumental avenida es verdaderamente apropiado: se trata de una calle en grande, no sólo por su longitud, sino por las pretensiones de sus edificios, buena parte de ellos erigidos en la transición del siglo XIX al XX. Alfombrar de claveles la Gran Vía, oferta inconmesurable de Lara, le permitiría, además, acercarse al bar de Perico Chicote, donde sería de organizar “un agasajo postinero, con la crema de la intelectualidad“.

Chicote, llamado hoy museo, ha sido una cantina a la que los madrileños de cepa eran asiduos. Se encuentra en el tramo de la Gran Vía, descendiendo de una suave loma que es su punto de quiebre, se precipita hasta encontrarse con la calle de Alcalá, que, a su vez, desemboca en la plaza de la Cibeles.

Agustín Lara propuso en su canción homenajear a su musa “con la gracia de un piropo retrechero, más castizo que la calle de Alcalá“. Avenida también señorial, como la Gran Vía, con la que se une, la calle de Alcalá ha sido y es corazón del Madrid antiguo,

desde su nacimiento en la Puerta del Sol hasta su desembocadura en la Plaza de la Cibeles, precisamente ante la mole del Banco de España, donde un loco enamorado de la diosa y abrazado a ella, hizo que se estrellara un taxi cuyo conductor quedó asombrado de la hazaña del desquiciado.

Lara pues, compuso una canción a Madrid antes de conocerla (como hizo con las otras ciudades a las que también cantó: Granada, Murcia, Valencia). De haberlas visto y sentido, superior aún habría sido el resultado, pues no le habría sido ajena la vitalidad bullente de esas ciudades. En Madrid, la gente puebla las calles del centro a toda hora. Sobran rumores, como en todas partes, como en la ciudad de México, sobre su inseguridad creciente: que bandas de inmigrantes centroamericanos, los nuevos chivos expiatorios, asaltan a los transeúntes tirándose uno de los atracadores a los pies de la víctima y quitándole otro sus pertenencias, mientras trata de mantener el equilibrio.

Pero, aún si son ciertas dichas versiones, la gente no se inhibe de callejear en muchedumbres que dificultan la marcha pero no impiden el jolgorio, de especial tono en las fechas previas a “las fiestas“. Los edificios de El Corte Inglés en torno de la calle Preciados constituyen un imán para las multitudes. No las atraen sólo las gangas de ese gigante del comercio esparcido por toda la ciudad, sino sus iniciativas navideñas: un monumental despliegue ornamental marca la hora de la fiesta. Mejor dicho, la marcan hasta diez relojes de utilería, caricatura de algunos, que en edificios tradicionales del centro de Europa son conocidos puntos de atracción turística.

Ya diremos de qué se trata.